

EL TEXTO QUE SE REPRODUCE A CONTINUACIÓN FUE CONCEBIDO COMO UN DISCURSO QUE LA DOCTORA MERCEDES DE VEGA PRESENTARÍA EN EL COLOQUIO PARA CELEBRAR EL 400 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE WILLIAM LAMPORT. POR RAZONES DE TRABAJO, LA AUTORA NO PUDO ACUDIR AL HOMENAJE REALIZADO EN LA EMBAJADA DE MÉXICO EN IRLANDA, EN MAYO DEL PRESENTE AÑO.

WILLIAM LAMPORT, O EL ESPÍRITU LIBERADOR E IGUALITARIO DE DOS PUEBLOS

Mercedes de Vega*

Irlanda es la tierra que vio nacer a uno de los precursores ideológicos de la Independencia de México. Los vientos de esta isla parecen reforzar el aire de libertad que ha inspirado a tantos luchadores sociales, pensadores y escritores irlandeses de un talento proporcional a su influencia.

¿Qué queda más cerca o más lejos de los anhelos del ser humano? ¿La geografía es obstáculo para compartir y luchar por ideales comunes? ¿Afinidades étnicas o culturales condicionan la identificación con determinadas esperanzas? ¿Se puede ser ciudadano del mundo sin dejar de amar al país de origen? ¿A quiénes conviene la falsa disyuntiva entre identidad y universalidad?

William Lamport, Guillén de Lampart, Guillén Lombardo o Guillermo Lombardo de Guzmán parecerían demasiados nombres para un solo individuo, excepto cuando su intensa vida, aguda percepción del ser humano, polifacética personalidad y fuertes convicciones resultaron tan variadas como sus homónimos.

Y es que en ocasiones la sensibilidad de algunos parece recubrirse con la coraza de la sinrazón, tan deslumbrante como la sólida armadura que el

* Dirección General, AGN.

precoz, justiciero e incansable William, de abundante cabellera y prevenida mirada, luce en el bello cuadro de Rubens titulado “Joven capitán”.

Si el avance genuino y la liberación verdadera implican la ruptura con lo establecido, el caso de Lamport rebasa toda medida, en increíble sucesión de audacias y energías, pensamientos y acciones, propias de aquellos espíritus capaces de soñar despiertos, tanto apacibles fantasías como atroces pesadillas.

Nacido en Wexford, Irlanda, hace cuatro siglos, Guillén de Lampart experimentó, desde niño, las crueldades de los usurpadores junto al sabor agrídulce de la rebeldía, así como los nocivos efectos de la corrupción en todo tiempo y en toda sociedad y el elevado costo de enfrentarse al poder absoluto, fuese civil o eclesiástico.

La paradoja de la arraigada religiosidad de Lamport es que combate a la Iglesia protestante en defensa de su católica Irlanda, incondicional de Roma, y con idéntica vehemencia desafía a la burocracia de la Nueva España, a donde llega en 1640 con 25 años de edad, y a la todopoderosa y represora Santa Inquisición, que condenaba y calificaba de herejes a cuantos pensaran diferente, por lo que dos años más tarde es encarcelado, cuando pugnaba precisamente por la reivindicación de valores cristianos, más que litúrgicos, en la naciente sociedad.

Un humanismo intrépido que rebasa los límites de las religiones motiva a Lamport a luchar por la libertad y la dignidad y, en ejemplar congruencia con lo que piensa, siente y hace, será sucesivamente discípulo estudioso, exaltado rebelde, alumno en la Universidad de Salamanca y en el Colegio de San Lorenzo de El Escorial en Madrid, espadachín, corsario, soldado, consejero e inadvertido espía al servicio de la Corona española, pero igualmente defensor de indios, negros, mestizos y judíos portugueses, antecesor de las ideas independentistas de México y, por si algo faltara, inspirado poeta y escritor, lo cual no impedirá que, tras 17 años en prisión, sea quemado en la hoguera en 1659, a los 44 años de edad, por órdenes del Santo Oficio.

Un individuo con tamaña trayectoria se vuelve, necesariamente, literario, no sólo por el despliegue de un arrojo con encanto y una temeridad que seduce, sino por el espíritu fraternal y solidario que lo hace transgredir lo establecido, a partir de un código que lo anima a luchar por la libertad y la

igualdad de sus excluidos semejantes, enfrentando el concepto de justicia de los poderes terrenales y religiosos incluso en “el continente inventado”, ese agudo concepto que acuñó el historiador mexicano Edmundo O’Gorman, hijo, por cierto, de un ingeniero irlandés.

Vemos entonces a William Lamport como un aventurero culto y gozoso, atrevido e idealista, que pudiendo haber encontrado acomodo en los reinos de España o Francia, decide ayudar a explotados y menesterosos de remotas tierras que, sin embargo, comparten las mismas necesidades de los hombres de su país natal: libertad e igualdad de derechos en la consolidación de su nacionalidad y de su identidad cultural.

No es difícil imaginar camaraderías, amores, brutalidades, psicopatías, lealtades y traiciones en torno a este exótico personaje que conoce perfectamente el lenguaje verbal y emocional de los humildes y los segregados del país al que llega, dando pruebas de valor y humor, de aventura y ternura... hasta ser encarcelado por los antecesores del actual pensamiento único.

Aquí me surgen otras preguntas: la rica tradición literaria irlandesa, que combina magistralmente realidad y fantasía, ¿ya se ha ocupado de un personaje de la riqueza existencial, psicológica y espiritual de William Lamport? ¿Fue este personaje víctima o verdugo de sí mismo? ¿Lo utilizó de buena fe el conde-duque de Olivares, favorito del rey Felipe IV, o se vio relegado por su amenazante entusiasmo hiperactivo? ¿Fueron calumnias o realidad sus aspiraciones de convertirse en rey de las américas y emperador de los mexicanos? Desafortunadamente, esas mismas preguntas apenas han tenido respuesta en la rica tradición literaria de México.

Y es que Guillén de Lamport no sólo fue un intrépido aventurero, sino además un espíritu animado por principios de justicia cuyas propuestas rechazaron quienes mantenían sus propios privilegios a costa de la dignidad de las personas. Por ello, se atrevió a proponer la emancipación de indios y esclavos en la Nueva España, cuestionando, en la línea de Francisco de Vitoria y de Bartolomé de las Casas, la legitimidad de la Conquista, y pugnando porque se otorgase a la nobleza indígena el mismo rango de la española, a la vez que igualdad de derechos y oportunidades para todos, principios éstos que resurgirían en el Acta de Independencia de México.

Decía nuestro Nobel, Octavio Paz, que “la poesía es la memoria de la vida y los archivos son su lengua”. Entre los acervos del Archivo General de la Nación, de México, que me honro en dirigir, valiosos documentos hablan de la fortaleza de espíritu de Lamport quien, como genuino nativo de Hibernia, supo adaptarse a los insoportables fríos del olvido y la incompreensión y a las siniestras represalias del Santo Oficio.

En el calabozo todavía tendrá ánimos de ingeniar una tinta e improvisar una pluma, con las cuales redacta en sábanas y pedazos de tela más de novecientos salmos o alabanzas a Dios en latín, en un postrer acto de congruencia con su fe, su lealtad y sus convicciones, tras vivir la religión como una pasión, y la pasión como una religión.

Quizá por todo ello el presidente Porfirio Díaz, al planear el conjunto escultórico del monumento a la Independencia, inaugurado en 1910, encargó una estatua de William Lamport, de mármol blanco y dos metros quince de altura, la cual permanece en el interior de la Columna de la Independencia en la ciudad de México, sin duda como callado reflejo del corazón infatigable y esperanzado de la humanidad.

Transcurridos dos siglos de la ejecución de Lamport, el recio espíritu irlandés reaparece en México en circunstancias no menos adversas pero, al igual que entonces, animado por un afán de justicia, de rechazo al sometimiento y a la usurpación de su soberanía, en esa ingrata similitud histórica de ambas naciones, reiteradamente agredidas y sojuzgadas por desaprensivos vecinos.

Así, el Batallón de San Patricio, con renovados aires de libertad y exigencia de respeto, integrado por desertores del ejército norteamericano, reprimidos por sus creencias religiosas, se sumará a la lucha de los mexicanos contra la invasión de Estados Unidos a nuestro país, de 1846 a 1848. Y será tan valerosa su actuación en el campo de batalla que, tras el ahorcamiento de muchos de ellos, el pueblo, agradecido, los sigue recordando en un son huasteco que en una de sus estrofas dice: “y gracias por el servicio de pelear con arma en mano: el grupo de San Patricio ya son héroes mexicanos...”

Pero el espíritu libertario no muere ni en la hoguera ni en la horca. En 2010 el guitarrista de California, Ry Cooder, realizó con el grupo The Chieftains y varios intérpretes mexicanos un bello disco titulado “San Patricio”, en afortunada fusión de géneros y melodías que reflejan la sensible

e intensa personalidad de ambos pueblos. En la cubierta del CD una virgen de Guadalupe con rostro de Frida Kahlo, sostiene amorosa el cadáver de un combatiente del Batallón de San Patricio, en una original versión de la piedad renacentista.

Si me permiten otra referencia al singular encuentro del alma irlandesa con el alma mexicana, y sin que ello hiera susceptibilidades, debo mencionar la acusada personalidad y capacidad de emocionar de dos famosos toreros mexicanos: David Silveti Barry, de madre irlandesa, y Jorge de Jesús Gleason, de padre irlandés, capaces ambos de mirar de frente a la muerte y con una extraña disposición a exponer la vida como si suya no fuera. Espero esto no provoque a los oídos de la “Santa Inquisición de lo culturalmente correcto” ni a los voceros del pensamiento único.

En todo caso, de Wexford a la ciudad de México, de la República de Irlanda a la República mexicana, el océano entre ambas ha permitido inundar de horizontes humanos la mirada de unos y otros pobladores, familiarizados con la inefable experiencia de ver verde verdadero en ambos territorios y de compartir muchas cualidades y rasgos diversos. Ojalá que la advertencia del poeta, en el sentido de que “les falta convicción a los mejores, y de ambición rebozan los peores”, siga alejada de las amistosas y promisorias relaciones entre México e Irlanda. William Lamport sonreirá satisfecho.